

A LLENAR a su propia dinámica interna, nuestro país dejó pasar, sin valorarlo suficientemente, un acontecimiento fundamental en el país vecino: el intento de golpe de Estado del pasado día 25 de noviembre. Esta fecha se inscribe como una más entre las trascendentales en los diecinueve meses de revolución portuguesa (28 de septiembre, 11 de marzo y 25 de abril serían los otros tres hitos), y va a imponer un cambio de rumbo que podría significar, como adelantábamos la semana última, la hora del Thermidor para el proceso político portugués.

El nombramiento de un miembro de los «nueves» (grupo militar de moderados, formado el pasado 8 de agosto), el capitán Vasco Lourenço, como gobernador militar de Lisboa en sustitución de Otelio Saravia de Carvalho, fue la chispa que encendió una mecha de división profunda entre las fuerzas armadas. Desde hacía semanas, grupos de derecha e izquierda venían anunciando un intento golpista, que al fin venía a producirse, por parte de militares situados en posiciones fuertemente izquierdistas, el pasado día 26. Toda esta semana ha estado dedicada en Portugal al análisis y narración detallada de cómo, por qué y quién, de los sucesos del día 25. En la mañana de este día, paracaidistas de Tancos conseguían ocupar pacíficamente las bases aéreas más importantes del país (tradicionalmente, la fuerza aérea viene siendo considerada como la más conservadora de las tres Armas). Más tarde serían ocupadas las instalaciones de la Televisión la Emisora Nacional y la emisora Radio Club Portuguesa. Oficialmente, los «parás» explicaron que sus acciones tenían como objetivo lograr la dimisión de los generales Morais e Silva y Pinho Freire. Este último fue recluido en Monsanto, pero con un pequeño olvido por parte de los rebeldes: quedó en una habitación con teléfono «Puede dirigir las operaciones mientras estuve preso», declararía más tarde Pinho Freire. Evidentemente, tanto la Presidencia de la República como el Consejo de la Revolución percibieron inmediatamente que el golpe tenía objetivos más profundos que la dimisión de ambos militares moderados.

No parece necesario a estas alturas repetir el desarrollo de los acontecimientos, que acabaron con la derrota de los «parás» y de los hombres del RALIS a cargo de los comandos de Amadora, mandados por el derechista coronel Jaime Neves. Solamente la base de Tancos resistiría hasta el día 28. El orden quedaba restablecido a base de proclamar el estado de sitio y el toque de queda en Lisboa, mientras se decretaban órdenes de busca contra determinados militares (como el enigmático coronel Varela Gomes, tan ligado a la extinta quinta división) y civiles (entre los que han pasado a la clandestinidad se encuentra Isabel do Carmo, del Partido Revolucionario del Proletariado, y Manuel Serra, del Frente Socialista Popular, ambos partidos integrados en el llamado Frente Unido Revolucionario (F.U.R.), que se formó, con la participación del Partido Comunista, a finales del pasado mes de agosto. Los lisboetas, tan aficionados a trasnochar, pasaron un largo fin de semana —el lunes fue festivo—, teniendo que recogerse antes de la una de la madrugada. El coronel Jaime Neves, al que antes se consideraba fuertemente ligado a Spínola se convertía en una especie de «héroe» popular. El golpe, calificado por el comentarista Rebelo de Sousa como un 11 de marzo «al revés», había costado tres muertos.

MILITARES: VENCE EL PROFESIONALISMO

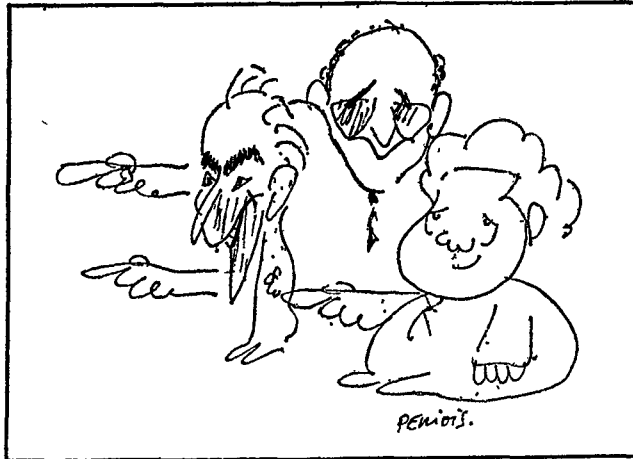
Ya hemos dicho que la semana que ahora termina estuvo dedicada al análisis y pormenorización de los sucesos del día 25 y siguientes. Los pocos periódicos que pudieron



Costa Gomes: esta vez sí se decidió



Pinheiro de Azevedo: sigue el sexto Gobierno



PORTUGAL

EL TURNO DE LA DERECHA

Por Fernando JAUREGUI

salir a la calle estos días (la Prensa nacionalizada, que es la mayoría, no ha podido hacerlo, por haber sido saneados sus cuadros dirigentes, acusados de haber «preparado psicológicamente el golpe») ofrecían detalles inéditos del golpe, declaraciones de dirigentes de partidos y militares de la «ortodoxia» actual. Con una particularidad sólo el nuevo «República» seguía defendiendo posiciones izquierdistas a ultranza. Los restantes periódicos que combatían al Consejo de la Revolución y al sexto Gobierno provisional estaban silenciados. «Paradójicamente, los periódicos estatales eran quienes combatían al Gobierno», nos decía Raul Rego, ahora en su despacho de «A Luta», periódico rabiosamente anticunhalista. Dias más tarde, el primer Consejo de ministros reunido tras el golpe iba a nacionalizar la Radiotelevisión Portuguesa (R.T.P.) y la incómoda emisora de Radio Club Portuguesa (R.C.P.). El COPCON había quedado disuelto días antes. Más de 50 militares, entre ellos el comandante del RALIS, Dinis de Almeida (héroe del 11 de marzo), habían sido detenidos, y se prevén nuevas depuraciones y cambios en las altas estructuras militares. De momento un neto «profesionalista» militar, el general Ramalho Eanes ha sido nom-

brado jefe del Estado Mayor del Ejército, puesto clave, anteriormente detentado por Carlos Fabião, hoy «sospechoso», como Otelio, de haber auspiciado, alentado o, al menos, permitido el golpe. Organizaciones como el F.U.R. o el ilegal Soldados Unidos Vencerán (S.U.V.), tienen pocas probabilidades de resurgir, al menos a corto plazo. El «almirante rojo», Rosa Coutinho, se ha recluido en su tierra natal, el Alentejo.

Los partidos Socialistas, Popular Democrático y del Centro Democrático Social vieron clara su oportunidad: los tres se han lanzado al ataque contra el Partido Comunista Portugués, al que declaran sospechoso de haber alentado y dirigido el golpe fallado. Lo cierto es que organizaciones del P.C.P., como su organización regional del Norte (DORN), o células del partido en ciertas empresas, como J. Pimenta, han sido sorprendidas como involucradas en el golpe. Pero también es cierto que, salvo posteriores investigaciones, y como manifestaba el socialista «Jornal Novo», no se puede demostrar que el P.C.P., como partido, estuviese involucrado en su totalidad. En cualquier caso, hasta el momento no se ha producido una condena explícita del golpe por parte de los dirigentes comunistas, que se han limitado a

los días 25 y siguientes significar «una pesada derrota de las fuerzas de la izquierda militar y de las fuerzas revolucionarias en su conjunto, y el avance de las fuerzas de la reacción, que ocupan fuertes posiciones en el aparato militar y en el sistema de Poder». Afirma el P.C. que «el nombramiento de reaccionarios para puestos de mando puede venir a dar, a corto plazo, la supremacía militar no a aquellos que siguen a los «nueve» y al P.S., sino a la derecha fascista».

Por su parte, el Partido Socialista señalaba: «La pesadilla ha terminado. Las fuerzas armadas, poniendo fin a una aventura irresponsable, restituyeron la esperanza al pueblo portugués. El 25 de noviembre fue como un nuevo 25 de abril, significó el renacer de un país que se juzgaba condenado a la anarquía, como fase preparatoria que necesariamente precedería a la dictadura comunista». Y Mario Soares, secretario general del P.S., manifestaba que «Portugal no será la Checoslovaquia de 1948. El P.S. dice no a la guerra civil, pero igualmente dice no, con mayor firmeza, a la aventura irresponsable de los seudorrevolucionarios que preparan una nueva dictadura».

EL P.C.P., LA GRAN INCOGNITA

Cierto es que, si se puede considerar a Soares y a su partido como ganadores en la última confrontación de fuerzas, quien realmente ha obtenido, al menos a corto plazo, los mejores frutos han sido las fuerzas situadas en lo que podríamos llamar una derecha intermedia. Es decir, el Partido Popular Democrático (P.P.D., tendencia socialdemócrata), cuyo caso es analizado más adelante. En cambio, el derechista Centro Democrático Social vuelve a quedar, en cierto modo, aislado. Aunque los observadores suponen que hombres como Jaime Neves podrían inclinarse más, de no ser por su aversión hacia los partidos, hacia el CDS que hacia el P.P.D. o el P.S.

Una de las máximas incógnitas de esta hora consiste en saber qué sucederá con el Partido Comunista. Por un lado, partidos como el P.P.D. reclaman su inmediata salida del Gobierno, en tanto que se supone que militares a la derecha (y volvemos a repetir el caso de Jaime Neves) serían partidarios de tomar represalias más a fondo contra el P.C.P. Sin embargo, hombres de tanto peso como el mayor Melo Antunes han asumido públicamente la defensa de la permanencia del P.C. en el Gobierno, en este sexto Gobierno provisional que parece continuar ahora, contra viento y marea. Por otro lado, crecen las especulaciones, ya iniciadas hace algunos meses, de que tras este fracaso el P.C. podría replantearse la necesidad de proceder a una renovación de sus estructuras y de su línea, absolutamente insólita entre los partidos comunistas de Europa occidental. Es decir, en esta hipótesis —que todavía no está muy clara— el P.C.P. se «berlinguerizaría», nombrando a Cunha, hoy secretario general del partido, presidente —cargo prácticamente honorífico—, mientras que hombres más flexibles, como Octavio Pato o Diaz Lourenço (otros hablan de Aboim Inglês, encargado de relaciones internacionales y bien visto por Moscú, pero considerado demasiado «duro» en Europa), se ocuparían de la Secretaría General. Por lo demás, no cabe duda de que el sexto Gobierno que seguirá probablemente liderado por Pinheiro de Azevedo, sufrirá próximos e importantes retrocesos.

Parece fuera de duda, en fin, que la izquierda ha sufrido un golpe al menos tan duro como el sufrido por la derecha tras el 11 de marzo. Lo cual no quiere decir que la situación se haya consolidado. Como decía Marcelo Rebelo de Sousa subdirector del «Expresso»: «Ninguna democracia consigue sobrevivir a la infiltración del golpe de Estado institucionalizado».